

HISPANIA

LITERATURA Y ARTE.- CRÓNICAS QUINCENALES



Tomo III. - Año 1901

Tip. de HISPANIA

Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59

BARCELONA

ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los trabajos literarios contenidos en este tomo

- Aladern, José.—De Petrarca á Bartrina, 49.
 Aragón, Salvador.—Regeneración, 77.
 Avilés, Angel.—Imposible, 52.
 Balaguer, Victor.—Las Bodas de Salomón, 23. Hoy la
 vi. Sus ojos, 39. Mi casita blanca, 41.
 Bayona, E.—La ciencia de un ignorante, 321.
 Bello, F.—La lágrima y la perla, 428.
 Bello, L.—Pobre de espíritu, 442.
 Beruete, A. de.—Joaquín Sorolla Bastida, 197.
 Bertrán, Marcos Jesús.—Alarde amoroso, 417.
 Blasco, Eusebio.—Campoamor íntimo, 86.
 Buscón, Juan.—La muerte de César, 134. ¡Un pobre
 cesante!, 248. Enterrado vivo, 460.
 Cadenas, José, J.—El baile de máscaras, 63. Vis á vis,
 245.
 Carner, Jaime.—F. Rius y Taulet, 331.
 Casellas, R.—La iglesia abandonada, 388.
 Castelló, S.—Los Duques de Orleans, 354.
 Castro, Cristóbal de.—Castigo de Dios, 15. El pagaré,
 168.
 Cerrajería, Gonzalo.—La poesía, 150.
 Coroleu, W.—R. Casellas.
 Cortón, Antonio.—Paisajes, 53. La casa Arnús, 125. El
 retrato, 188. La Sra. condesa del Castellá, 275. El
 diputado, 295.
 Chichón, Rafael.—Cinco cuartillas, 266.
 Díaz de Escovar, Narciso.—Malagueñas, Trinitaria, 302.
 Folch y Torres, Manuel.—La eterna ley, 383.
 Francos Rodríguez, J.—Fotografías, 426.
 Gener, Pompeyo.—El casco y sus evoluciones, 161 y 243.
 Arcones tumbales, 263. Arcones españoles, 282.
 Vargueños, arcones, etc., 299. Arquillas de talla,
 317.
 Grases, B.—El Divino Rostro, 117. La fiesta del Corpus,
 179.
 Gras y Elías, F.—Murmuraciones, 405.
 Harrisson, J.—La China moderna, 142.
 Labarta, Luís.—El hierro forjado en Cataluña, 12. E.
 Carnaval en Barcelona, 68.
 Lapeyra, J.—Teodora, 304.
 Marcos, Desiderio.—La primera nevada, 435.
 Mélida, José Ramón.—Arte antiguo, 73, 89 y 123.
 Menéndez, E.—Dando los días, 268.
 Menéndez Agusty, J.—Flor de almendro, 453.
 Morató, J.—Las apariencias, 81.
 Niporesas.—Calendario para 1901, 3.
 Nuño, Pero.—Los imposibles, 55. De tal palo tal astilla,
 166. Los zapatos nuevos, 403.
 Ortíz, Daniel.—La venganza de una chula, 277.
 Palau, Melchor de.—A Fortuny, 171.
 Pérez Nieva, Alfonso.—El saqueo de Roma, 5.
 Pérez Vilar.—El Sr. de Peñarán, 276.
 Pirozzini, Carlos.—El gran alcalde de Barcelona, 336.
 Ríos, Blanca de los.—La cabeza enamorada, 143.
 Rodríguez Solís, E.—La condesa de Espoz y Mina, 313.
 Un guarda modelo, 303.
 Román y Salamero, C.—Un enciclopédista, 285.
 Sánchez Torres, E.—Wagner, 422.
 Schwartz, Federico.—Rius y Taulet como político, 351.
 Terán, L. de.—La realidad de una leyenda, 99.
 Tintoré Mercader, L.—La fiesta del somatén de Pedral-
 bes, 181.
 Torrents y Monner, A.—Rius y Taulet como administra-
 dor, 354.
 Urrecha, F.—Ver y creer, 458.
 Vignola, Jacobo de.—La casa de los Sres. Calvet, 439.
 Anónimo.—D. Victor Balaguer, 32. Las Amapolas, 45.
 La joya 104. Como se conocen las hormigas, El
 azúcar como alimento, 113. Mujeres á caballo,
 239. La Catedral de León, 257. En el paseo 402.
 El arte modernista, 406. Noche buena, 438. Los
 Nibelungos, (Poema alemán), 92, 108, 137, 156,
 172, 192, 251, 269, 288, 308, 325, 393, 411,
 429, 447 y 465.



ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los grabados que contiene este tomo

- Albani.—La Virgen de la manzana, 421.
 Alonso Cano.—La Virgen y el Niño, 122.
 Andrade, A.—Sacando el copo, 222.
 Bilbao, G.—Cigarreras, 221. Puente de Triana, 228.
 Benavent, J.—Costumbres valencianas, 307.
 Bonnín, L.—Música sinfónica, 2. Siluetas, 301.
 Borrell, J.—Las bodas de Salomón, 23. El pagaré, 168.
 Noticia sensacional, 420.
 Borri.—El último baile, 78. A veranear, 281.
 Campeny, J.—Epflogo, 220.
 Canals, S.—Noche de verbena, 421.
 Casado.—D. Víctor Balager, 22.
 Clapés, A.—Felipe de Orleans, 368. •
 Correggio.—Nolli me tangere, 118.
 Cornet, G.—De tal palo, tal astilla, 166.
 David.—Napoleón coronando á Josefina, 324.
 Díaz Olano, I.—La trilla, 222.
 Domenech y Montaner, L.—Cruz de hierro (proyecto), 124.
 Domingo, F.—Matachines y corchetes, 242.
 Feliu de Lemus.—Estudio, 264.
 Ferrant, A.—Aparición, 225.
 Fillol, A.—Los amigos de Jesús, 223.
 Fortuny, M.—Fafner, 238.
 Fotografías.—Entierro del Dr. Morgades, 10 y 11. Caza menor y Las últimas ferias, 19. Los poetas provenzales, 30. D. Víctor Balaguer en 1899, 32. Id. en 1867, 33. Vista general de Villanueva y Geltrú, 32 y 33. Casa de Sta. Teresa, 34, 36, 37. Biblioteca-Museo Balaguer, 38, 40 y 42. D. Benito Pérez Galdós, 72. Juegos florales de Logroño, 76. Díptico de marfil, 80. Bendición de las palmas, 98. Vistas del Santuario de Sant Medí y de la romería al mismo, 102 á 103. La joya, 104. La casa Arnús, 125. La Pascua en Barcelona, 133. La poda de los árboles, 142. Custodia, 179. Fachada de la Catedral, 180. La fiesta del somatén de Pedralbes, 181. La procesión del Corpus, 187, 787. Ángulo de los claustros, 191. Joaquín Sorolla, 191, 198, 199, 200, 201. Taller de Sorolla, 210, 211. La catedral de León, 258, 259, 261, 262. Panteón de los Reyes en San Isidoro de León, 265. Joaquina Pino, 267. Condesa del Castellá, 275. Vistas de España, 284. Abrevando, 287. Número dedicado á Rius y Taulet: Vistas de las posesiones, objetos artísticos, panteón, retrato, monumento, etc. etc. de aquel personaje, 331 á 354. Número dedicado á los duques de Orleans. Retratos, posesiones, el yacht «Maroussia», su tripulación, alta servidumbre, etc., 359 á 479. Vistas de los cementerios de Barcelona, 382 y 392. R. Casellas, 387. Cementerio de S. Isidro, 394. Id. de S. Juan de Puerto Rico, 396. Las joyas, 406. Artistas españolas, 426 y 427. Casa premiada por el Ayuntamiento, 440 y 441.
 Francés, J.—La edad de oro, 231.
 Garnelo, J.—«Dios mío, cuántas cosas le diría!...», 224.
 Giné, V.—Barcelona antigua, 145 y 150.
 González, F.—La realidad de una leyenda, 99.
 Gosé.—Meditación, 62.
 Goya.—Adoración de la Sta. Forma, 386.
 Graner, L.—El tío de la manta, 335.
 Gillén, P.—Amor y primavera, 225.
 Guardiola, J.—El baile de máscaras, 63.
 Harrison, C.—Caricatura, 249.
 Hernández, M.—La víspera del 2 de mayo, 226.
 Juan de Juanes.—La última cena, 120.
 Junyent, O.—Castigo de Dios, 15. Catedral de Burgos, 88. La eterna ley, 383. En la academia, 425.
 Labarta, L.—El hierro forjado en Catalunya, 12. El Carnaval en Barcelona, 68.
 Lapeyra, J.—Teodora, 304.
 López Mezquita, J.—Los presos, 229.
 Llaverías.—Dibujos, 291.
 Llimona, José.—Estudios, 165, 389 y 390.
 Llimona, Juan.—Estudio, 274.
 Martínez, E.—El invierno en Munich, 227.
 Mas y Fondevila, A.—Guardia municipal, 54. La muerte de César, 134. El retrato, 188. El diputado, 295. Fundición de una estatua, 342. Alarde amoroso, 417. Pobre de espíritu, 442. Enterrado vivo, 460.
 Meifren, E.—La barraca de la Virgen, 232.
 Mir, J.—Montañas rojas, 226.
 Moliné, M.—Caricaturas de Rius y Taulet, 354.
 Morera Galicia, J.—Guadarrama, 231.
 Muñoz, D.—La amiga, 232.
 Muñoz Degrein.—Rocas y agua, 58.
 Muñoz Lucena, C.—Plegaria, 223. Pescadores de ranas, 235.
 Murillo.—La Sagrada Familia, 31.
 Navarro.—El saqueo de Roma, 5. Las apariencias, 81. La ciencia de un ignorante, 323.
 Paco.—Gente de coleta, 178.
 Pedrero, M.—Campoamor íntimo, 86. La cabeza enamorada, 143.
 Pitxot.—La vuelta del entierro de la sardina, 44.
 Pla, A.—¡Pobres madres!, 230.
 Pla, C.—Dos generaciones, 233.
 Pueyo, J.—El Chiquillo, 230.
 Puig y Cadafalch, J.—Proyecto de lámpara, 90.
 Ribera, J.—Martirio de San Bartolomé, 112.
 Riera, J.—Un pobre cesante, 248.
 Romero, E.—Alrededores de Córdoba, 233.
 Ruíz, M.—Ribera de Vigo, 227.
 Saenz, F.—Stella Matutina, 224.
 Sancha.—¡Terror!, 416.

- Soler y Rovirosa, F.—La redoma encantada, 294. La magia nueva, 312. El testamento de un brujo, 398.
- Soria, F. de.—Coraceros, 155.
- Sorolla, J.—Estudio. El abuelo, 51. Retrato de mi hija, 196. Familia Sorolla, 203. Boceto, 204. Paneaux decorativos, 205, 206. Retrato, 208. Boceto, 209. Retrato de niña, 212. Estudios, 213. Fin de jornada, 214. La primavera, 213. Fabricación y almacén de pasa, 216. Idilio y Triste herencia, 217. Saliendo del baño, 218. Cabeza de estudio, 461.
- Tintoretto.—Busto del Salvador, 119.
- Torres, J.—Plaza de Cataluña, 116.
- Torres García.—En medio del arroyo, 319.
- Uranga.—Migueletes, 160.
- Vallmitjana.—Camino del Calvario, 122.
- Vázquez, C.—Abra V. la puerta, 57. Pierrette, 73. Retrato, 234. La venganza de una chula, 277. Señora condesa de Espoz y Mina, 313. Un guarda modelo, 399. Paisaje, 446. Flor de almendro, 453.
- Velázquez.—Cristo moribundo, 117. Busto del Salvador, 119.
- Vicente de Joanes.—El Salvador, 85.
- Vidal, Henry.—D. Víctor Balaguer, 35.
- Vierge, D. U.—Razzia de Boockmakers, 106. D. Quijote contra los muleteros, 148. Presentación de la princesa de Asturias, 146. D. Quijote recomendando á Rocinante, 256. Un fusilamiento, 298. Escena del Quijote, 316. Noche buena, 438.
- Villar.—Un encicopedista, 285. Los zapatos nuevos, 403.
- Wan-Dich.—Busto del Salvador, 119.
- Anónimo.—El príncipe de Gales con las insignias de fracmasón, 66. SS. MM. Británicas, 67. De vieja raza, 464.



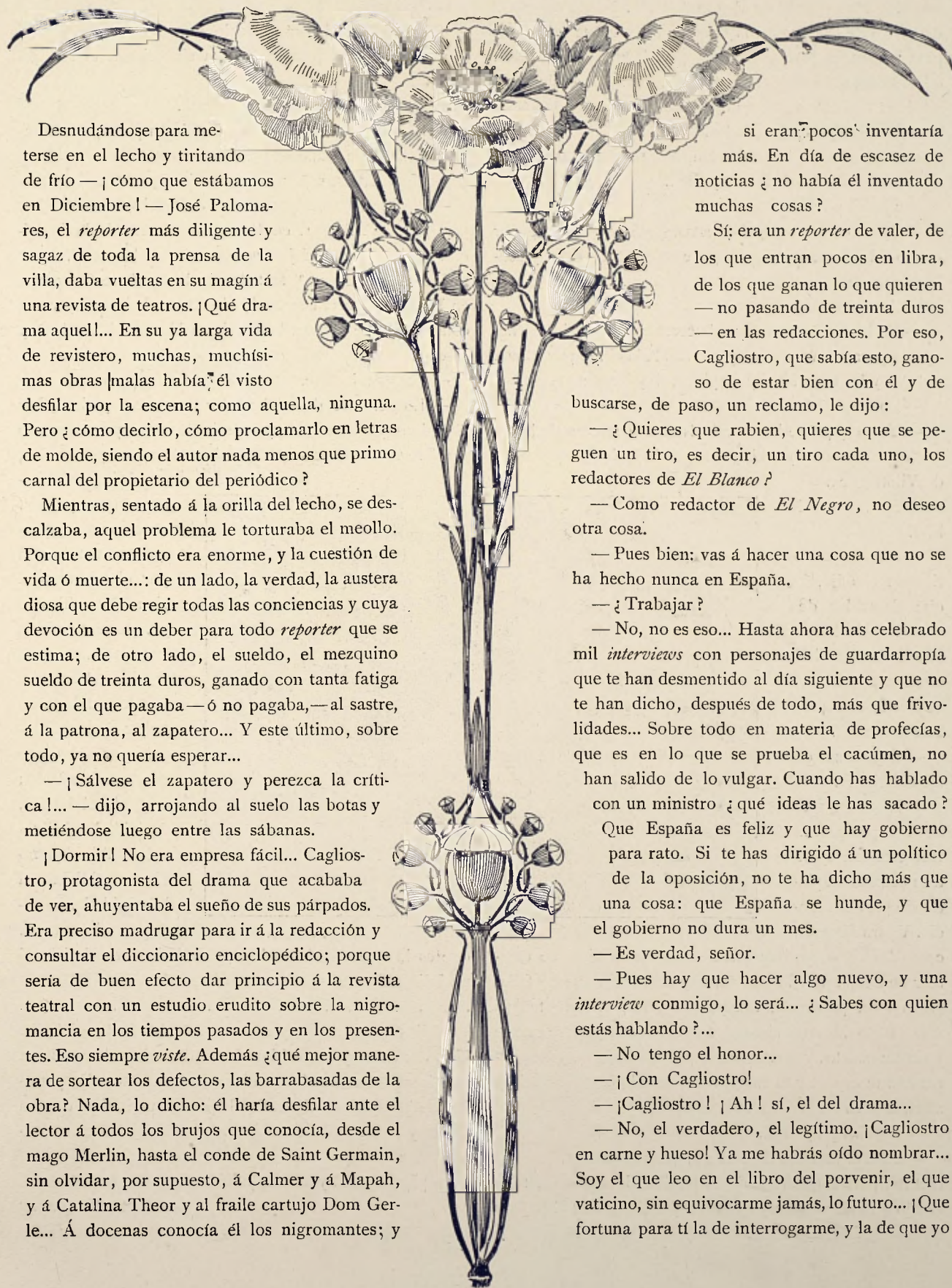




L. BONNIN.—MÚSICA SINFÓNICA

CALENDARIO PARA 1901

INTERVIEW CON CAGLIOSTRO



Desnudándose para meterse en el lecho y tiritando de frío — ¡cómo que estábamos en Diciembre! — José Palomares, el *reporter* más diligente y sagaz de toda la prensa de la villa, daba vueltas en su magín á una revista de teatros. ¡Qué drama aquel!... En su ya larga vida de revistero, muchas, muchísimas obras malas había visto desfilar por la escena; como aquella, ninguna. Pero ¿cómo decirlo, cómo proclamarlo en letras de molde, siendo el autor nada menos que primo carnal del propietario del periódico?

Mientras, sentado á la orilla del lecho, se descalzaba, aquel problema le torturaba el meollo. Porque el conflicto era enorme, y la cuestión de vida ó muerte...: de un lado, la verdad, la austera diosa que debe regir todas las conciencias y cuya devoción es un deber para todo *reporter* que se estima; de otro lado, el sueldo, el mezquino sueldo de treinta duros, ganado con tanta fatiga y con el que pagaba — ó no pagaba, — al sastre, á la patrona, al zapatero... Y este último, sobre todo, ya no quería esperar...

— ¡Sálvese el zapatero y perezca la crítica!... — dijo, arrojando al suelo las botas y metiéndose luego entre las sábanas.

¡Dormir! No era empresa fácil... Cagliostro, protagonista del drama que acababa de ver, ahuyentaba el sueño de sus párpados. Era preciso madrugar para ir á la redacción y consultar el diccionario enciclopédico; porque sería de buen efecto dar principio á la revista teatral con un estudio erudito sobre la nigromancia en los tiempos pasados y en los presentes. Eso siempre *viste*. Además ¿qué mejor manera de sortear los defectos, las barrabasadas de la obra? Nada, lo dicho: él haría desfilar ante el lector á todos los brujos que conocía, desde el mago Merlin, hasta el conde de Saint Germain, sin olvidar, por supuesto, á Calmer y á Mapah, y á Catalina Theor y al fraile cartujo Dom Gerle... Á docenas conocía él los nigromantes; y

si eran pocos inventaría más. En día de escasez de noticias ¿no había él inventado muchas cosas?

Sí; era un *reporter* de valer, de los que entran pocos en libra, de los que ganan lo que quieren — no pasando de treinta duros — en las redacciones. Por eso, Cagliostro, que sabía esto, ganoso de estar bien con él y de buscarse, de paso, un reclamo, le dijo:

— ¿Quieres que rabien, quieres que se peguen un tiro, es decir, un tiro cada uno, los redactores de *El Blanco*?

— Como redactor de *El Negro*, no deseo otra cosa.

— Pues bien; vas á hacer una cosa que no se ha hecho nunca en España.

— ¿Trabajar?

— No, no es eso... Hasta ahora has celebrado mil *interviews* con personajes de guardarropía que te han desmentido al día siguiente y que no te han dicho, después de todo, más que frivolidades... Sobre todo en materia de profecías, que es en lo que se prueba el cacumen, no han salido de lo vulgar. Cuando has hablado con un ministro ¿qué ideas le has sacado?

Que España es feliz y que hay gobierno para rato. Si te has dirigido á un político de la oposición, no te ha dicho más que una cosa: que España se hunde, y que el gobierno no dura un mes.

— Es verdad, señor.

— Pues hay que hacer algo nuevo, y una *interview* conmigo, lo será... ¿Sabes con quien estás hablando?...

— No tengo el honor...

— ¡Con Cagliostro!

— ¡Cagliostro! ¡Ah! sí, el del drama...

— No, el verdadero, el legítimo. ¡Cagliostro en carne y hueso! Ya me habrás oído nombrar... Soy el que leo en el libro del porvenir, el que vaticino, sin equivocarme jamás, lo futuro... ¡Que fortuna para tí la de interrogarme, y la de que yo

te conteste! Te concedo quince minutos, quince no más de palique... ¿Qué hora tienes?

— ¡Vaya usted á saberlo!... Con esta novedad de las veinticuatro horas de los relojes, nadie se entiende.

— Ya os acostumbraréis. Á todo se acostumbra el mortal. En vez de entrar en la redacción á las diez de la noche, entrarás á las veintidos. Eso será todo... Por lo demás, á despecho de los relojes, la humanidad, aunque madrugue para la astucia, para la perfidia, para la ambición, para el odio, llegará siempre tarde á tres cosas: á la dicha, á la gloria, á la fortuna. ¿Eres cristiano?...

— De nombre, como todos.

— En ese caso, el año que empieza para ti es el de 1901 de la era cristiana. Si fueses judío...

— ¿Judío yo?...

— Quiero decir que si prestases dinero al doce por ciento, el año de 1901, aunque empieza en martes y acabará en martes, no sería aciago para ti...

— Soy periodista, señor.

— Ya lo sé. Por eso voy á hacerte el calendario que necesitas para el mundo en que vives. Á la obra, pues. Saca el lápiz y las cuartillas, y empieza, si quieres, á preguntar.

— Épocas célebres.

— Y eso ¿qué te importa? Es el año tercero de la era que os trajeron los yankis y el segundo de los presupuestos de Villaverde...

— Fiestas móviles.

— Son las que no tienen fecha fija, las que dependen del acaso: las fiestas de Santa Credencial, de Santa Cartera, de Santa Acta, de San Ascenso...

— Comienzo de las estaciones.

— Ríete en esto de las profecías... Las estaciones entran cuando les place, sin previo anuncio. Y para algunos,

como los ricos, no hay estaciones; es cuestión de cambiar de clima. Por lo demás, hay una regla que no falla. ¿Eres rico, poderoso, influyente? Pues, aunque tengas sesenta años, estarás siempre en primavera. ¿Estás cesante y sin un cuarto, y abandonado por tus amigos, y en guerra con tu esposa y tu suegra? Pues, aunque tengas veinte años, estarás en invierno.

— Vigilias y ayunos...

— Para el maestro de escuela, para el artista, para el literato, para el que viva, como tu, de su inteligencia, todo el año será de vigilias y ayunos; que España es España y no hay que darle vueltas.

— Días en que se gana indulgencias...

— Todos los días en que adules al poderoso, en que disfraces la verdad, en que llares guapas á las feas, inteligentes á los tontos...

— Santos tutelares de los pueblos...

— ¡Los caciques, hombre, los caciques!...

— Eclipses...

— En esto no habrá variaciones... Todo el año estarán eclipsados el patriotismo, la sinceridad, el sentido común.

— Observaciones meteorológicas...

— Lluvias, muchas lluvias... Lloverán palos, contribuciones, motines, calamidades de todo género...

— Me asustáis, señor, me asustáis.

— No te asustes. Sigue, por el contrario, mis consejos, y te irá bien. Ahora, en Enero, la víspera de la festividad de los Reyes, deja tus zapatos en el balcón, á ver si Melchor y Comp.^a te traen la libertad de imprenta; en Febrero, por el carnaval, disfrazate de burro, y verás como ante ti se destoca la gente; en Marzo, el día de San José...

— Ese es mi santo.

— Lo sé. Ese día debes dar de comer y de beber á amigos y allegados, que para dominar y ser grandé hombre no hay como rodearse de estómagos agradecidos;

en Abril, puedes hacer lo que quieras, menos casarte, porque, en ese mes, allá por el 20, entrará el sol en Tauró, y... ¿me entiendes?; en Mayo, que es el mes de las flores, échale muchas á la mujer de tu principal, y verás como mejoras de sueldo; en Junio, el día dos, festividad de la Santísima Trinidad, no olvides felicitar á la trinidad Silvela-Sagasta-Azcárraga,

que es la que manda en la tierra é influye en el cielo...; en Julio y Agosto, ¡á veranear!...



F. Domingo

Abrióse una puerta y entró á raudales la luz del día. Una voz de mujer, voz bien timbrada, salida de una boca hechicera—que no siempre han de ser tarascas las patronas de huéspedes—llenó la alcoba del periodista con un alegre y jovial «¡Buenos días!», seguido de esta reconvencción:

— ¡Las once... y aun en la cama!

NIPORESAS





I

Sus voces descompuestas, estridentes, verdaderos alaridos, hacían detenerse á los transeuntes sorprendidos por aquellos acentos guturales, y bien pronto los innúmeros vagos, apoderados de los escalones de la gran fuente en la plaza del

Quirinal, se lanzaron graderías abajo y le rodearon, con la tendencia eterna de la chusma á corear todo lo que alborota. Era un hombre maduro, seco de rostro, escuálido, con una maleza de barba canosa que le comía la cara, de fosca pelambre y ojos extraviados y movibles. Las risas, las palabrotas, las cuchufletas del pueblo, comenzaron á estallar en torno del andrajoso mendigo; siguiéronse los silbidos, y mientras los surtidores lanzados al espacio producían con una fresca solución de continuidad ese rumor sonoro de agua que choca al caer sobre agua, el menesteroso gritaba reclamando silencio, tratando de conseguirlo extendiendo en cruz sus brazos, dos pingos, en la actitud solemne de los que profetizan algo á una multitud.

Y algo profetizaba y muy grave. De su boca sin dientes, que se abría como una sima entre las vegetaciones de su rostro de mendigo, caía una maldición, un anatema, un presagio apocalíptico que alcanzaba á la ciudad entera. Roma iba á ser destruída en breve y deshechas aquellas maravillas de mármol que constituían su orgullo. Unos nuevos bárbaros venían á marchas forzadas sobre la capital, soñando con los tesoros cardenalicios, excitada su codicia con las resonancias de las fastuosidades papales. La augusta mano que excomulga, no sería capaz de pararlos, de detenerlos. Ya la corte pontificia conocía el peligro, sabía que la plaga se echaba encima, pero nadie se aprestaba á la defensa: el manto purpurado de los consejeros áulicos no se estremecía. «¡Ah! ¡Oid, oid el ruido de las herraduras de sus caballos! ¡Están ahí, en las Son-tinas!» Y el visionario se arrojaba al suelo, pegaba á las losas de mosaico la faz y escuchaba un segundo, levantándose luego con el ademán de un poseído, agitando sus guñapos y gritando con desolado acento: «¡Es tarde!

¡Es tarde! ¡Sucumbiréis todos!» La silueta astrosa se agigantaba, sus harapos parecían convertirse en una protesta contra el ambiente de suntuosidad del lugar, las terribles palabras chocaban contra el jaspe de las columnas y de las tazas como si las abofeteasen...

De pronto, apartando el corro de gente que azuzaba al viejo profeta, surgió un esbirro pontificio que le echó bonitamente mano por provocar escándalo. Isaías declaró entonces ser un paisano del condado de Sena y haber venido á predicar la salvación de Roma, desatándose en denuestos contra la Sede Pontificia, que la misma autoridad que los escuchaba no podía consentir. Llevósele, pues, á la cárcel entre el vocerío de la plebe, que gritaba: «¡Es un loco!» y que se disolvió, pesarosa del inusitado término del espectáculo.

II

Está amaneciendo, pero el alba es pálida y los rayos de la aurora, siempre rojos de áscua en los primeros días del buen tiempo, no esparcen su abanico de lumbré en el vivo horizonte turquí de la península italiana, sino que se abren sobre una bruma caliginosa que entolda el espacio. A su extraña luz cernida surge Roma, con su río mate por la tibieza solar, resbalando entre palacios de mármol, con su mole vaticana de piedra. Mas, ¡horrible despertar el de la población! Apenas despunta el crepúsculo matutino, rompen la quietud de la hora silenciosas descargas de arcabucería y ecos de cañonazos, disparados desde lo alto, que caen de las almenas del castillo de San Angelo. Adentro de murallas vése una tropa abigarrada, pronta á la defensa; trajes de menestral, libreas de servidumbres cardenalicias, las franjas grana, amarillo y azul de los uniformes de la guardia papal imaginados por Miguel Angel, los coletos de los suizos; á la parte allá de los muros, en la campiña, un ejército regular, en el que brillan corazas y mosquetes, con pocos caballos y ninguna artillería, y desde el que hace fuego una línea nutrida de tiradores que mantiene flotando sobre sus cabezas, blanca nube de humo. Son las huestes imperiales, llegadas la víspera á Monte Mario, al mando del condestable de Borbón.

Ahí está el primero, al frente de sus tropas, expuesto al fuego enemigo, al descubierto y bien al descubierto, porque no sólo se destaca á caballo recorriendo la línea



de combate, sino que, para ser mejor visto del ejército entero, cubre su coraza con una sobrevesta blanca. Es un traidor á su país, un desdeñoso de Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, pero es un valiente, es el héroe de Marignan. Sus huestes le vitorean con enardecimiento terrible. Se hallan hambrientas, desnudas, miserables, sin un ducado; y amotinadas por el espolique de la codicia, que las hace soñar con los tesoros de los prelados pontificios, recuerdan aún las palabras de su caudillo, brindándolas con la conquista de la sacra ciudad. Millares de ojos furiosos se clavan en él, esperando la orden de ataque. Ante ellos se alzan á vanguardia las pendientes del Vaticano, las débiles murallas del Burgo. Sólo que de sus troneras cae una lluvia de proyectiles. De pronto, levántase una densa niebla, extraña en la florida estación. El ojo estratégico de Borbón comprende la oportunidad. «¡Ahora!» Rompen las cajas en el toque de carga y los tercios parten á la carrera con las escalas en ristre. Algunos llegan y las sujetan, pero muerden el polvo, abrasados por la certera puntería de los veteranos papales. Instantes supremos. Entre las puertas de Torrigione y Sancto Spirito, hacínanse los infantes, empujándose unos á otros para trepar y salir de aquel diluvio de hierro. Los peldaños son barridos, ruedan los hombres al foso, vacilan... El condestable se ha percatado del chispazo de terror que acaba de prender en los soldados; adelanta temerariamente, olvidándose de que es el general, y de improviso se desploma, inundándosele de sangre la alba vestidura. Cien manos se le tienden en la zanja á que ha sido precipita-

do. Arráncanle el casco, y en su rostro se refleja la lividez de la muerte. Apenas si puede pronunciar dos palabras, encargando que le cubran con una capa, con el fin de que se ignore, por el momento, la pérdida, y exhala el último suspiro.

Las huestes españolas hánse corrido hacia un flanco y he ahí que se tropiezan con cierta casucha empotrada en el muro, la que muestra á sus ojos, una sobre otra, una tronera de cañón abandonada y una ventanita, con reja de madera. Descubrir el punto flaco, correr por picos y transformar ambos huecos en uno solo, lo bastante capaz para que por él pase un hombre, es obra de minutos para los asaltantes. La brecha cuesta sangre, se abre bajo el fuego enemigo, pero se abre, y soldado á soldado, penetran las primeras cuatro compañías veteranas de la guarnición de Milán, dirigiéndose en columna á la iglesia de Sancto Spirito, luego de rechazado el trompeta parlamentario, que acaba de enviar el príncipe de Orange, sustituto del Condestable, á Renzo de Ceri, el general de las tropas pontificias. Aquel boquete es la sangría hecha en la presa, que determina la inundación. La mayor parte del ejército imperial salva las fortificaciones por la inesperada abertura, y, roto el freno de la disciplina, al considerarse al cabo con la planta en la urbe católica, atropellando al oficial que no le secunda, se desgrana por las calles en pelotones frenéticos que blanden las armas gritando venganza, matando á cuantos paisanos encuentran en su marcha de fieras, invadiendo los palacios y los templos.

En una cámara del Vaticano, que tapizan hermosas telas de los Gobelinos, con los rostros pegados á los cristales de las ventanas, acechan el exterior medrosos grupos de magnates pontificios. Todos rodean á una figura blanca, suave, enjuta, que señala con su mano hacia fuera y con su temblor produce las irisaciones de la amatista simbólica ceñida á uno de sus dedos. Es un anciano de mirada penetrante, que aún en medio del terror que la oscurece, tiene en sus pupilas relámpagos altivos que contrastan con la patina de austeridad de su tez, reveladora de la penitencia. De pronto se abre violentamente la puerta y aparece un guerrero con la coraza abollada por las balas, sin yelmo, sudando, cubierto de sangre y de polvo, jadeante. Tras él asoma otro pelotón de ropillas negras de terciopelo, de sotanas de seda, de caras horrorizadas, que casi penetra en la estancia sin acordarse de la etiqueta ante lo crítico de las circunstancias. Es el general Renzo, y sus palabras, balbuceadas por la no repuesta fatiga del combate, hacen estremecer hasta á la oleada de desnudos de los frescos del techo, obra de Miguel Angel. El enemigo ha entrado en Roma, entregándose al saqueo, al pillaje, sembrando de cadáveres las calles, sin respetar á nadie ni á nada. Es preciso que Su Santidad huya, que se refugie en el castillo de Sant-Angelo, pero ahora mismo, en seguida; van á venir: las turbas armadas llegaban ya al Quirinal. Y con el ademán estimula á Clemente VII, que, el único sereno, mueve la venerable cabeza con resignación, considera las actitudes suplicantes de los prelados y sale seguido de ellos, quedándose la amplia habitación desierta, de par en par, como rendida de antemano á las imperiales hordas.

Mientras, acontece una escena horrible bajo las bóvedas vaticanas. Doscientos suizos se han refugiado en la iglesia de San Pedro, cerrando sus puertas, con la esperanza de encontrar un seguro refugio que detenga los desbordamientos de los imperiales. La claridad del día, que cae á raudales de las altas ventanas, ilumina un hacinamiento de hombres con los uniformes en girones, negros por el humo de la pólvora, unos armados sólo con el arcabuz, otros con la espada, la mayoría sin armas y muchos sin municiones.

Su actitud es de pánico. Corren de aquí para allá, escondiéndose detrás de las pilastras al más leve rumor. Es una tropa vencida, los leones trocados en corderos. De pronto estalla próximo un salvaje vocerío, y las restantes entradas del templo vomitan lansquenets alemanes y veteranos españoles, un aluvión de fieras, ébrias con el fragor del combate y rabiosas de haber sido detenidas ante los muros que defendían las soñadas

riquezas por aquella milicia clerical. Y sin considerar que los pobres suizos hallanse punto menos que indefensos, acométenlos espada en mano hasta no dejar uno vivo, enracimándose los cadáveres al pie de los altares entre charcos de sangre que corre en arroyos por los pulimentados mosaicos, y salta de las heridas salpicando los jaspes de la santa mesa, á la que ofrecieron arrodillados el obscuro martirio que acaba de consumarse.

Pero no era bastante profanación la del asesinato bajo las naves de paz consagradas al rezo. Súbitamente se escucha un canto llano burlón, de voces destempladas, entre las que á lo mejor ladra un perro ó maya un gato, y por la puerta principal sale á la plaza un extraño y horrible cortejo: dos filas de alemanes y españoles, con sobrepellices, sotanas ó capas pluviales sobre las corazas, y mitras en la cabeza, presididos por un sargento pelirojo vestido de Papa, con la tiara encasquetada, dejando asomar las guedejas de azafrán entre sus caídas de seda. Dos tambores agitan incensarios de plata y dos pífanos yerguen ciriales con sus velas encendidas. Una carcajada estruendosa acoge á la brutal mascarada; los imperiales forman calle, rindiendo sarcásticamente las armas, y el fingido Pontífice simula la augusta bendición infalible, mientras que algún desalmado remata allá dentro á los heridos que se quejan. La orgía sigue á la muerte. Un grupo de soldados aparece apostando un barrilito y llevando cada hombre un cáliz ó un copón en la mano.

En la ciudad entera reina igual desenfreno. Las bandas imperialistas recorren en pelotones las calles, saqueando los templos, vestidas con las ropas sacerdotales, llevando á cuestras sacos repletos de vasos sagrados, de candeleros de plata, de custodias de oro. Algunos grupos tiran ya de un obispo, ya de un simple sacerdote, al que conducen como á un perro, con una cuerda al cuello. Unos ingeniosos pasean un asno, al que han acicalado con un manto de cardenal y una mitra, en la que van ocultas las orejas del burro. En todas las graderías de los palacios, alternan sobre los mármoles escalones los muertos y los borrachos. Aquí algunos soldados preséntanse en el coro de un convento ante las aterradas monjas, reunidas para comunicarse va-

lor, rezando, sin que las místicas y suaves figuras les detengan; allí otros asaltan la cámara de una morada señorial y asesinan al marido en presencia de su esposa y al hermano delante de su hermana. A lo mejor un velo de religiosa, un traje de brocado en el aire y un cuerpo que se estrella en el suelo... Una mujer que acaba de arrojar por una ventana para salvar su honra... Un extraño trofeo es enseñado por un lansquenete. Lo consti-



tor, rezando, sin que las místicas y suaves figuras les detengan; allí otros asaltan la cámara de una morada señorial y asesinan al marido en presencia de su esposa y al hermano delante de su hermana. A lo mejor un velo de religiosa, un traje de brocado en el aire y un cuerpo que se estrella en el suelo... Una mujer que acaba de arrojar por una ventana para salvar su honra... Un extraño trofeo es enseñado por un lansquenete. Lo consti-





tuye un dedo de ser humano, chorreando sangre, con un anillo episcopal. El autor de la hazaña no se entretuvo en sacar la sortija: le pareció más cómodo y breve cortar el dedo. El incendio concluye de cuando en cuando con lo que escapó al pillaje, y el cansancio de la soldadesca, molida por el pelear y el libertinaje, que no la noche, trae una calma pesada y siniestra, una quietud lúgubre sobre la ciudad.

III

Sentado en una poltrona de baqueta, con los codos sobre la mesa y la frente entre las manos, en actitud de abatimiento, Clemente VII medita profundamente. Por su frente de augusto ambicioso pasan todos los terribles acontecimientos que le tienen sepultado en aquella prisión sacra del castillo de Sant-Angelo. Está en uno de esos momentos de la vida en que se ilumina el pasado y, á la luz de la memoria, ve la traición del duque de Urbino, la del de Ferrara, la de Malatesta; ve las espantosas escenas del asalto de Roma, y se ve él, el omnipotente, prisionero de los españoles, bajo la custodia del famoso Hernando de Alarcón, perdidas sus plazas pontificias y recluso hasta que concluya de pagar su rescate. Un ugie, llamando á la puerta, le arranca á su meditación. Clemente VII levanta la cabeza y mira un momento por la ancha ventana, por la que penetra la claridad deslumbradora del mediodía. Montes coronados de pinos que enciende el sol, cierran la campiña.

Dado el permiso, el ugie anuncia:

—El «signore» que Su Santidad aguarda.

¡Ah, sí! Para él está visible. Es el único de los artistas que se ha batido. Caravaggio huyó á Nápoles, Miguel Angel no salió de su estudio. Y entra un joven en la plenitud de sus mocedades, de pupilas ardientes, con prematuros cansancios amorosos. En su traje de rica seda, algo extravagante, se revela al estético exquisito en el vestir aunque rebelde á la moda. Lleva en la mano un gorro, en el que luce una medalla de oro cincelada según la costumbre de la época.

Aquel mancebo significa para el Santo Padre la única nota consoladora de la terrible hecatombe. Sólo ese artífice bravo y generoso, no vacilando en mezclarse en las filas de los *capironi*, ha sabido vengar la afrenta al Papa, metiendo la bala de su mosquete en el costado del Condestable de Borbón. Y levantando al recién llegado, que se arrodilla para besarle la sandalia, le dijo con su gangosa voz de septuagenario:

—¡Oh Benvenuto Cellini! ¡No he querido que partas de nuevo junto á Francisco I, sin darte mi bendición! En el asalto de nuestra ciudad santa, Dios te escogió á tí, hijo mío, como ejecutor de su justicia. ¡Vé, pues, á Francia, á alcanzar la gloria que tu talento artístico merece y que yo pediré desde aquí al que todo lo otorga!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustraciones de ROMÁN NAVARRO



Cadáver del Dr. Morgades en la capilla ardiente del palacio episcopal de Barcelona

ENTIERRO DEL DOCTOR MORGADES



El cortejo fúnebre al salir del palacio episcopal



El cortejo fúnebre al pasar por la Plaza de San Jaime

El Hierro forjado en Cataluña



N.º 1

Candelabro catalán. (Siglo XIII)

Ilustración de Labarta

Difícil nos sería tratar de este artístico oficio, que de tantas consideraciones gozó en otros tiempos entre las artes del metal, sin conocer en gran parte la producción de los antiguos maestros catalanes, artistas, en muchas ocasiones, más que obreros, pues supieron esculpir el hierro, no con el cincel—que casi siempre desdeñaron—sino con el áspero trabajo del martillo, como si éste se adaptase más á su carácter y temperamento artístico de ruda franqueza en los medios de exteriorizar su pensamiento, nota característica en la mayoría de los trabajos de forja en Cataluña, como creemos demostrar en una obra de esta especialidad que tenemos actualmente en prensa.

Esta industria tan eminentemente artística, fué ya conocida de griegos y romanos, y tuvo, desde los primeros siglos medievales, importancia capital en Cataluña, como lo prueban las ferradas puertas que existen aun en muchos lugares de ambas vertientes del Pirineo, procediendo algunas de ellas de los siglos XII y XIII, como la de la Abadía de Mascevals, en el Rosellón, las del convento de San Juan de las Abadesas, la de la iglesia de Molló, y tantas otras, dignas de ser admiradas por la habilidad extraordinaria de su confección y el buen gusto de su forma.

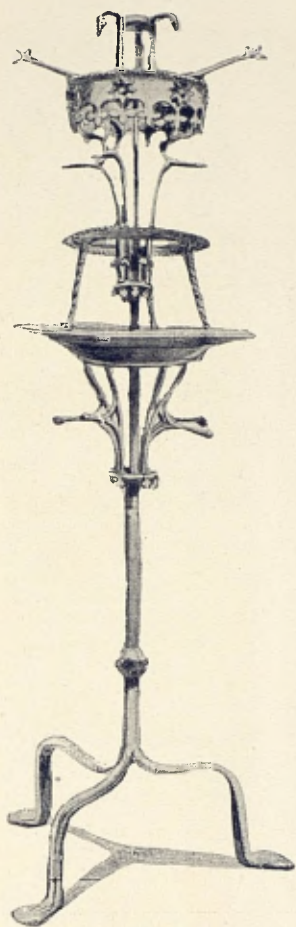
Aparte de tan curiosas obras y para bien de la historia de nuestras artes suntuarias en los siglos XIV, XV y XVI, se conservan en varias y valiosas colecciones particulares, gran número de objetos diversos, entre ellos varios alda-bones ó llamadores, en cuyo ramo fué en el que se mostraron acaso más personales y artistas los forjadores catalanes de aquellos tiempos.

También, en la confección de los varios aparatos para la iluminación de los templos, supieron demostrar aquellos artífices originalidad y distinción, como lo prueban, á nuestro entender, los ejemplares adjuntos, que estimamos dignos en todos conceptos de ser conocidos y admirados en todas partes donde se rinda culto al arte.

Hoy sólo nos ocuparemos de dos notables candelabros, tipos de escogidas formas entre los más generalmente conocidas en Cataluña, en los siglos XII al XVII.

El primero, el más genuinamente catalán, pues hasta hoy no hemos sabido ver en otra parte otros ejemplares de su forma, es para nosotros el más antiguo, por carecer aún de todo intento de tubo ó boquilla para sostener el blandón ó hacha. Sabido es que el sabio arquitecto francés Viollet le Duc, atribuye esta invención al siglo XIV; por consiguiente, ha de ser anterior á dicha época, aún supo-





N.º 3
Candelabro gótico-catalán
(Siglo XV)
Ilustración de Labarta

niendo que entre nosotros tal modificación viniera mucho más tarde. Por la forma del candelabro, tan diferente, como concepción y detalles, de los del siglo xv, lo creemos del siglo xiii.

No sólo resulta notable por su artística forma, sino que acaso lo es más por la habilidad técnica de su confección, que explica bien cómo supieron aquellos anónimos artífices vencer las dificultades del forjado, trabajando tan grandes piezas y soldando en caliente todas sus partes, sin emplear para nada el remartilleo en frío, como hicieron más tarde, dificultades que aumentan, al considerar que tiene el candelabro 2'60 metros de alto. Por otra parte, significa en su desconocido autor una buena fe digna de encomio, pues lo merece seguramente,

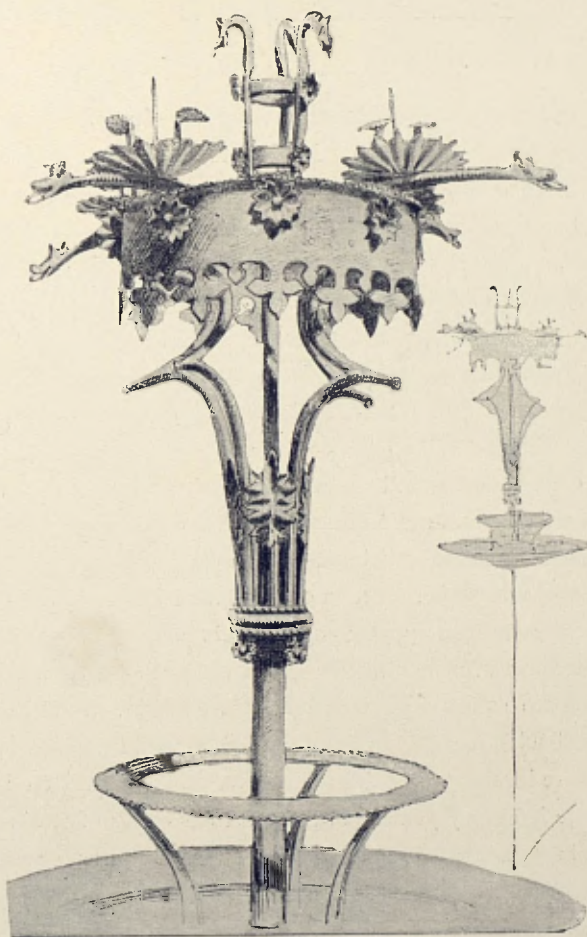
proponerse copiar con tan rebelde materia, las más esbeltas formas del reino vegetal, y aún más, atendiendo á los pocos recursos técnicos que en aquellos lejanos tiempos tendrían á su disposición, para convertir el candente metal en obra de arte. La lima y el buril brillan por su ausencia en tan hermosas piezas, al menos en apariencia; sólo el martillo y el mazo, dirigidos por la inteligencia del artista, producen tan bello resultado; las sinuosidades que aquellos dejan visibles, les rodean de cierto ingenuo encanto, que es para nosotros una de sus mejores cualidades, característica, como antes dijimos, de este ramo del arte en Cataluña.

Constituyen estas grandes piezas en que venimos ocupándonos (de las cuales existen un par en el *Cau ferrat*, en Sitges,) un tronco cuadrado, cóncavas sus caras, con siete nudos, á través de los cuales pasa una sogá por cada uno de sus cuatro planos; el tronco se levanta sobre un trípode, también con nudos y cuerdas, y del punto de unión del tronco con el trípode arrancan tres esbeltos lirios, con una espiga central donde clavar el cirio; del nudo superior salen cuatro elegantes hojas y cuatro granadas inclinadas hacia abajo; del segundo nudo salen también hojas y flores, del centro de las cuales arranca un vástago terminado en una granada; del tercer nudo salen

hojarasca y flores con largos vástagos, que suben hasta la altura del primer nudo, formando en conjunto, llegando á su tercio superior, un ramo de gran belleza y de una elegancia sin afectación, verdaderamente artística. A los candelabros de esta forma los llamamos de «Lirio» para distinguirlos de los de la forma que llamaremos de «Corona».

El segundo, espléndida obra de arte del siglo xv, es, en nuestro concepto, una preciosidad, por lo bien compuesto y lo decorativo que resulta. Este hermoso par (pues, como del anterior, existen dos ejemplares casi iguales,) no terminaba en trípode, como casi todos, sino en pie derecho fijo en el suelo; su confección no tiene indudablemente las dificultades técnicas del anterior, lo que se explica teniendo en cuenta que en aquella época los cerrajeros, como dice el citado Viollet le Duc, habían sentido ya la necesidad de producir más rápidamente para darlo á menos precio y servir con mayor prontitud los encargos.

De esta forma, no menos escogida, se encuentran ya similares en el extranjero, no iguales ni mucho menos, sino parecidos en su conjunto; acaso viniera informada por influencias de otros países, en particular de Francia, lo que es difícil para nosotros determinar de un modo concreto. La elegancia de la corona superior del plato ó



N.º 2
Candelabro gótico-catalán. (Siglo XV)
Ilustración de Labarta



LOS FORJADORES

CARLOS VÁZQUEZ

bandeja de cobre y algunos de sus más característicos detalles reunidos, tampoco los hemos visto en otros ejemplares que en los catalanes.

Los de dicha forma abundan más que los de la anterior, como si los construyeran por docenas; el de que tratamos tiene de alto m. 2'10; los demás de forma parecida, como puede verse por el tercero, descansan sobre elegante trípode, para poder, en iglesias y mansiones señoriales (que en esa época también los usaron), ser trasladados con facilidad al sitio que conviniera.

Constituyen estos hermosos candelabros de estilo ojival un tronco octavado ó cilíndrico que se eleva sobre el trípode; á la mitad próximamente de su altura tienen una bandeja de cobre, sobre la cual se levanta un sencillo aro plano sobre tres apoyos; compone el remate, formado de dos cuerpos, una anilla, de la que arrancan cuatro hojas y cuatro soportes doblados en ángulo agudo, con el vértice hacia afuera, y en éstos, pequeñas anillas, sobre las que se levanta una decorada corona con crestería en la parte inferior y puntas para fijar cerillas en los ofertorios, en la superior. Sobre el plano lateral de la corona, se ven equidistantes ocho elegantes rosetones. Los soportes dan vuelta por encima de la corona, terminando en cabezas de animales quiméricos, que sostienen platillos ó arandelas, saliendo del centro de ellas espigas para blandones ó cirios y dos hojas punteadas para cerillas. El tronco re-

mata en cuatro vástagos, también con cabezas de animales sujetas en sentido horizontal por dos aros formando tubo, con rosetones remachados en la unión de vástagos y aros. El conjunto es elegante, bien equilibrado de composición y de amplia y sencilla factura.

Los dos primeros ejemplares, tipos los más escogidos del arte catalán en este género, no los hemos visto hasta hoy publicados en ninguna revista ni obra de arte decorativo, siendo esto más de notar, cuando es indudable que lo merecían más que otros muchos objetos publicados repetidas veces, lo cual dice bien claro lo desconocidos que son, por lo general, los importantes ejemplares del arte catalán en el resto de España y en el extranjero, sin que podamos achacar la culpa de ello más que á nosotros mismos, que tan apáticos nos hemos mostrado para dar á conocer el valioso caudal de obras maestras que nuestros padres nos legaron.

LUIS LABARTA



CUENTOS PROVINCIAÑOS

CASTIGO DE DIOS



I

Al principio se escandalizó todo el pueblo.

Hubo unas de traer y llevar, de chismes, de frasecillas intencionadas, que fué el acabóse.

Porque la cosa tenía perendengues. Doña Felisa, la viuda del médico, emparentada con lo mejorcito, con un hijo comerciante allá en el Brasil, se había enamorado de un don nadie, de un pelafustán, ¡de Vicente, el carbonero.

Y todavía, si el tal fuera libre, menos mal, puesto que en amor es donde se ven las barbaridades más de á folio; pero, casado y con un familión... ¡Jesús, Jesús!... Al morir el médico, la casa dió un bajón y la estrechez se vino encima; por lo cual, doña Felisa, saltando por los

miramientos y dengues de sus cuñadas, se decidió á abrir panadería, negocio que fué el de sus padres y que entendía admirablemente, como de haberse criado con él. Además, al hijo del Brasil parecía habersele tragado la tierra, y ya iban dos meses enteros sin recibir carta suya, ni la *ayuda* acostumbrada de veinte duros al mes. De suerte que, entre morir de hambre ó volver á amasar, optó por lo último, sin hacer caso de las cuchufletas con que la gente recibió la noticia.

Particularmente su cuñada Carmen, que era una señorita remilgada y peripuesta, no dejó de soltarle el consabido refrancejo:

«Mira cómo subo, subo
de pregonero á verdugo.»

Pero á ella, á la viuda, como si nó. Al revés, se había criado entre gentuza y tenía metido en los tuétanos el amor á lo rufanesco y á lo bajo. A poco de casada, lo notó ella misma, se dió cuenta el pobre marido, se apercibió la gente de la calle. No se había hecho el señorío para aquella hembra agitanada y flamencota, pagada de su cuerpecito salado y de sus andares malagueños, hecha al fandango y á la *bronca*, acostumbrada á andar á silletazo limpio por la menor disputa.

Así es que, al verse de nuevo en su panadería, libre y á sus anchas, entre mujeres pendones y tíos borrachos, se puso loca de alegría. Estaba en su elemento.

Vino el tal Vicente de un pueblecillo cercano, donde tenía mujer é hijos, y, buscando mejor suerte, se estableció allí, donde, como suele decirse, cayó de pies, pues hasta pasaba por soltero y libre.

Era un pillito de siete suelas, como de haber rodado por los cuarteles; buen mozo, jaque, vividor y con más *fantasía* que el duque de Osuna. Comenzó á frecuentar el tenducho, y, con sus mañas de jaleador y oficioso, tan pronto piropeando á la viuda, tan pronto «echando una mano» para cargar las tablas del pan á los horneros, llegó á ser el indispensable y nada se hacía allí sin él. La misma doña Felisa solía decirlo, como dándose tono:

—Vicente es mi mano derecha.

Cierto es—y conviene poner los puntos sobre las íes—que la frescachona viuda tenía el pensar más honesto del mundo, pues sus cuentas eran de casarse como Dios manda, en la creencia de que el carbonero era libre.

De manera que no se recataba poco ni mucho de aquellas relaciones, sino que las tenía á gran honra, y entraba y saltaba con Vicente, «pasándosele por los hocicos» á sus cuñadas.



Las *médicas*, dicho se está que ponían el grito en el cielo y decían pestes de doña Felisa, llegando hasta á negarla el «adiós» y asegurando que tenía que morir de mala manera, «con los zapatos puestos».

II

Una tarde, Vicente, con algunos amigachos, jugaba un tute *habanero*, en la trastienda de la panadería.

La viuda estaba en sus glorias, viéndolos empinar el codo de lo lindo y regodeándose con sus mil ordinarieces de dichos y de hechos. Cada vez que se fallaba un ás, se oían un taco rodando y varias risotadas groseras; siempre que se echaba una *ronda* de vino, los escupitinajos cubrían las losas y las manos mugrientas se restregaban contra las bocas, ulceradas por los cigarros.

Percibíase un tufillo de taberna, que tiraba de espaldas; olor á hombruno, á tabaco de contrabandista, á demonios. Y la viuda, aferrada á la silla del carbonero, sonreía con orgullo de gitana en su cueva, tan en ello, tan ancha, como si estuviera en el más ameno jardín, respirando aire fresco y sano, oliendo rosas y azahares.

De pronto, el cartero dejó un sobre en el mostrador: —Carta de Paco, del Brasil.—Fué como un jarro de agua fría. Los hombres soltaron los naipes en la mesa; doña Felisa hizo un mohín de disgusto, que ya, ya... ¡Claro, señor!... Como que la dichosa carta venía á aguar la fiesta, la hacía pensar *que quieras que nó*, en el hijo ausente, en el pobre marido enterrado, que fué tan bueno, tan bueno... Eran cosas que la daban «reconcomio», disgusto de sí misma, fatiga, inquietud. Parecía que lo hacía el diablo; cuando estaba tan ajena, tan tranquila, tan feliz... —¡*Finojo* con los hijos!—decía, como rebelándose contra la carta.

Al fin, Vicente la leyó. Todos callaban, como en misa. Escribía el hijo desde Cádiz, lugar de su desembarco. Se había hartado ya de rodar por esos mundos y volvía á su tierra. *Á tu tierra, grulla...* «No he hecho gran suerte—añadía—y me he jugado la salud. Estoy en los huesos, pero traigo cinco mil duros.»

Aquí, el lector hizo un alto, y los oyentes comentaron la cifra.

—Cinco mil duros... ¡Qué dineral!...—decía un hombrecillo, todo cara, con barba de quince días y camisa de dos meses.

—Cinco mil duros... ¡Qué *jartá* de dineros!...—añadía otro.

—¡Ha *jecho* suertel! ¡Cinco mil duros!...

La viuda no despegó sus labios. Vicente siguió leyendo, sin dar importancia al asunto. Pedía el emigrante que,

en la estación inmediata, le aguardara uno, con tres bestias para los baúles. Llegaba al otro día. Lo demás de la carta eran cábalas, sueños y combinaciones para el porvenir.

Se convino en que á la estación iría el hombrecillo, *Cara-Gorda*. Á la salida del pueblo debían ir los dos, la viuda y el amante. Pero esto no se decidió en firme.

III

Llevaban andado poco más de una legua, cuando á Paco, el emigrante, le dió un ahogo y hubo que hacer un alto, entre los árboles, cerca del río.

Cara-Gorda gastó poca conversación durante el camino; vino todo él cavilando, serio, como si tramara algo

gordo. Echaron pie á tierra: el del Brasil era un muerto andando que apenas podía tenerse de pie. Mientras *Cara-Gorda* ataba las mulas á un olivo, el otro se dejó caer en el suelo, rendido, fatigado, sin fuerzas. De pronto, le entró como una convulsión, dió unos manotazos y estirones y se quedó, por fin, como muerto, sin respirar, cerrados los ojos, tendido á lo largo, entre las matas de tarajes.

Era media noche. La luna iba alta, y, en mitad de aquel cielo purísimo, azul y negro, transparente como el

manto de una Virgen, avanzaba con lentitud, como una reina, derramando claridad sobre los campos dormidos. Sonaba el río con canturreo melancólico y triste; el airecillo fresco y sano abanicaba los ramajes espesos; las ranas se contaban sus diarias aventuras, chapuzándose en los fangales. En las viñas se oía el susurro de los pámpanos; las liebres, encamadas en los retamales vecinos, enderezaban sus puntiagudas orejas al menor ruido extraño; y las norias de las huertas cercanas parecían, sonando á lo lejos, órganos de algún convento de monjas...

Un cuclillo, con vuelo sordo, pasó cerca de las mulas, que enderezaron las orejas, como asollispándose. Sonaron los cascabels del coche-correo y se oyó la voz fuerte y ruda del mayoral, que preludiaba una malagueña:



«El querer que puse en
[tñ
tan firme y tan verda-
[dero...»

Entonces *Cara-Gorda* se echó encima del emigrante. Lo creyó muerto. Registró, le anduvo en todos los bolsillos, sacó una gran cartera, desató una mula, y montando en ella y espoleándola, desapareció entre los olivares.

Al pasar el coche-correo, las mulas relincharon. El mayoral dió voces y, viendo que nadie contestaba, echó pie á tierra. Vió sin sentido al emigrante, lo metió en la berlina, cargó los baúles en la *baca*, dió aviso en el primer ventorro para que recogieran las mulas y, arreando de firme, se plantó en el pueblo en un decir Jesús.

La justicia no tuvo que quebrarse la mollera en averiguaciones, pues todos á una dijeron:

— Esto es cosa de Vicente.

Y le colgaron el mochuelo, sin andarse en chiquitas.

IV

La viuda estaba ya lista, enlutada de pies á cabeza, para ir á esperar al hijo. Vicente tenía aquella noche un humor de perros, que peleaba solo. Ya habían tenido varias agarradas, porque ella quería, con muchísima razón, que los dos fueran á esperar á Paco. Lo encontraba muy natural. ¿No iban á casarse como Dios manda?... ¡Pues, entonces!...

Y él, como se veía cogido en el cepo y sin poder salir, y miraba aquella *canongía* por el aire, resistía á más no poder.

Estando así, oyeron unos aldabonazos secos, rēcios, dados sin temor alguno.

Vicente asomó la cabeza y, desde la ventana, vió los tricornos de los civiles, en medio de un corro de gente. Se entró, buscando á doña Felisa. Pero ya no estaba allí.



Entonces confirmó sus sospechas de un lazo, de una traición; y loco, fuera de sí, corrió á la sala, tras la viuda.

Doña Felisa estaba de rodillas delante de un gran baúl abierto. Decidida á no ir sola, había empezado á despojarse de sus galas.

El carbonero fué á ella, se le echó encima, la pateó, la mordió, la arrancó puñados de cabellos y, por último, sujetándola el cuello con ambas manos, apretó cuanto pudo, con sus fuerzas de gañán.

* * *

Cuando llegó la justicia y la gente invadió la sala, ante el cadáver de doña Felisa no se rezó más responso que este:

— ¡Castigo de Dios!... ¡Castigo de Dios!...

CRISTÓBAL DE CASTRO

Ilustraciones de O. JUNYENT



CAZA MENOR



DE LAS ÚLTIMAS FÉRIAS

HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA



LISTA y PRECIOS de los juguetes de cartón recortados

PELOTÓN GUARDIA CIVIL MONTADA, (19 á caballo).	Ptas. 1'
Id. id. id. Á PIE, (26 figuras).	» 0'75
MUÑECAS DE MOVIMIENTO, (5 tipos diferentes con 35 piezas)	» 1'
SEÑORITA MARÍA, (4 trajes de cambio y 4 sombreros).	» 0'50
MUÑEQUITAS, (6 figuras, 6 trajes y 6 sombreros)	» 0'50
CABALLITOS BALANCÍN, (8 caballos con sus jinetes).	» 0'50
NACIMIENTO, (26 figuras y Belén)	» 1'
CUEVA DE LA VIRGEN, (Montserrat)	» 0'50
ANIMATÓGRAFO FAMILIAR	» 4'
JUEGO DE DOMINÓ, (en cartón).	» 0'75

ACABAMOS DE PONER Á LA VENTA

1. ^a serie. — 50 POSTALES ESCUDOS PROVINCIAS ESPAÑOLAS	Ptas. 5'
2. ^a » 25 » ARTISTAS ESPAÑOLAS	» 2'50
3. ^a » 25 » HISPANIA.	» 2'50
4. ^a » 25 » TOREROS	» 2'50

Figuras recortadas de 25 centímetros alto

MAZZANTINI, GUERRITA, REVERTE y VELASCO, cortados y en relieve	» 1'
4 ARTISTAS ESPAÑOLAS, cortadas y en relieve	» 1'
ARTISTAS ESPAÑOLAS, 10 tipos diferentes pequeños	» 1'

